NERUDA COLECCIONISTA

POLI DÉLANO*

PARA NERUDA las palabras también fueron objeto de colección. El confiesa que las ama, las adhiere, las persigue, las muerde, las derrite. Dice que las ama debido a que brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío. Las ama y también las colecciona, ¡de qué manera!

Nuestro poeta fue uno de los más apasionados coleccionistas de cosas que el mundo haya conocido. Una mañana, viajando desde Isla Negra a Santiago, hizo escala en Cartagena, con el fin de visitar a mis padres y pedirle a Lola Falcón, mi madre, que por favor alcanzara hasta el puerto de San Antonio para hacer la mejor oferta por un ancla que se iba a rematar. En otra ocasión, les manda desde París a Estocolmo un recado: que le busquen grandes mascarones de proa en esa acuática ciudad. Cuando yo era niño y la familia Délano compartía con los Neruda la Quinta Rosa María —una casona en las afueras de Ciudad de México—, solíamos ir los domingos a la Lagunilla, un inmenso mercado persa donde se podía encontrar desde una corona de diamantes hasta calcetines usados. Uno de esos domingos, Neruda estuvo a punto de comprarse un canguro embalsamado. Delia, su esposa, la “Hormiguita”, dio dura batalla hasta hacerlo desistir.

Quienes visitaron a Pablo en las casas donde vivió, no se sorprenden hoy de ver en sus museos los mismos objetos que le deleitaban la vista, el tacto, la memoria, y le sacaban una plácida sonrisa desde su profundo sentido lúdico de la vida: pipas, botellas, caracoles, minerales, insectos, mapamundis,

*Escritor. E-mail: polidelano@hotmail.com

primeras ediciones, alacranes, llaves antiguas, máscaras, cartas marinas y, en fin, cuanto objeto atractivo, antiguo o absurdo pueda uno imaginarse.

Me parece que la más espectacular de sus colecciones es la de mascarones de proa de antiguas naves, que aún siguen vigilando el enorme salón de estar de Isla Negra, casi en el mar, como si navegaran: “Oh mascarona, belleza rota, directora del navío”, le canta a una de esas musas predilectas de su pasión.

Pero quizá la colección más rara y menos conocida sea una que en realidad no puede ponerse en exhibición: o estaba escrita en papeles y esos papeles, guardados entre las paredes de alguna carpeta, o bien se hallaba sólidamente grabada en la memoria del poeta. Se trata de su colección de poemas excéntricos, cursis, o simplemente divertidos. En México, cuando él y mi padre trabajaban juntos en el consulado de Chile, hicieron imprimir a mimeógrafo, en una hoja con dibujos alusivos a la “historia vulgar”, un poema firmado por Osnofla (leído al revés, es Alfonso) en cuyos versos el humor se expresa por el cambio de acento en algunas palabras.

Fue una tarde triste y pálida,
de su trabajo a la salida,
pues esa mujer neurótica
trabajaba en una bótica.

Así comienza. Luego narra el amor, el matrimonio y el engaño, para terminar en tragedia:

Mujer perjura y cínica,
te creía pura y cándida
y has resultado una bándida,
y el honor sólo me indica
que venga este devaneo,
destapándote el cráneo.

Es un poco largo para citarlo entero, pero doy fe de que arranca muchas risas.

En mayo de 1972, Maruja Broughton (mi esposa entonces) y yo cenamos en La Manquel, la casa que compró Neruda en Normandía después de recibir el Premio Nobel, cuando aún era embajador en Francia. Se encontraban allí Jorge Edwards y dos escritores colombianos, Jorge Rojas y Arturo Camacho. Un largo rato de sobremesa tras el exquisito filete de oso y un abundante caviar (Neruda venía llegando de una visita médica a Moscú y sus amigos le habían llevado esos manjares al aeropuerto), lo dedicamos a cultivar esta colección de poemas estrafalarios. Por suerte anoté algunos,

J. Edwards

entre risa y risa. El que sigue se lo había regalado el novelista Rubén Azócar, uno de los grandes amigos de Pablo:

La amaba con ansia loca:
primero la besó en la frente,
después la besó en la boca,
y así sucesivamente.

Este otro provenía *de* la memoria juguetona de mi padre que también, como Neruda, fue siempre un apasionado buscador de rarezas:

La halló sentada en un banco,
conversando con su tía,
toda vestida de blanco,
toda llena de melanco
...lía.

Semejante a uno que recitó Arturo Camacho:

Los jóvenes Azcarruns,
que han llegado a nuestros prados,
son jóvenes muy circúns
pectos y educados.

También circularon sueltas algunas estrofas del “numérico” poema “Los sastres”:

Yo compadezco a los sas...3
porque de los hombres to...2
no hay otros que de más mo...2
sufran mayores desas...3.
Por eso soy su vo...0
y si me lo permitie...6..., etc.

Pero tal vez los momentos de mayor goce en esta singular sensualidad de Neruda los produjo aquella noche la exquisita cursilería de estrofas como ésta, de Daniel Arias, también recitadas por Camacho:

Cuando sintió la madre que se acercaba el joven
Juzgó que era el momento propicio de estallar.
La niña corrió al piano y un trozo de Beethoven
Con mal fingida calma se puso a preludiar.

J. Rojas y A. Camacho